

Sostener el sentido del Trabajo Social en grupos de análisis de la práctica profesional

Jordi Solé Blanch¹; Beatrice Bossé²

Recibido: 07/04/2017 / Revisado: 25/05/2017 / Aceptado: 19/07/2017

Disponible on line

Resumen. Este artículo propone una reflexión en torno al análisis de las prácticas profesionales (APP) a partir del trabajo realizado por uno de sus autores con un grupo de trabajadoras sociales de diferentes centros médico-sociales del departamento del Drôme en Francia. Se exponen algunas de las situaciones que producen mayor malestar en el desempeño de las tareas profesionales en el campo del Trabajo Social, sobre todo cuando las políticas públicas y los encargos institucionales se topan con algunos de los criterios tradicionales que han regido la profesión. El caso que se presenta ilustra la necesidad de sostener los espacios de análisis de las prácticas profesionales como territorios comunes para preservar, a fin de construir comunidades de experiencia. El trabajo con grupos de análisis de las prácticas profesionales demuestra que los profesionales pueden elaborar un sentido de las mismas para volver a conectar con su identidad profesional y una realidad de trabajo compartida. Todo ello se produce en un contexto en el que el Trabajo Social debe hacer frente a todo tipo de dificultades: desde la ausencia de recursos y apoyos sociales hasta el cumplimiento de protocolos que encorsetan las intervenciones profesionales en nombre de la eficiencia y la optimización de los diferentes programas y servicios.

Palabras clave: Trabajo Social; profesión; supervisión; análisis de la práctica profesional.

[en] Maintaining the meaning of Social Work in professional practice analysis groups

Abstract. This article proposes a reflection on professional practice analyses (PPAs) based on a study conducted by one of its authors with a group of social workers from various medical-social centres in the department of Drôme in France. It outlines some of the situations that cause most distress in the performance of professional duties in the field of social work, particularly when public policies and institutional orders conflict with some of the traditional standards that have governed the profession. The case presented here illustrates the need to maintain spaces for analysis of professional practices as common territories to be preserved for purposes of constructing experienced communities. Work with professional practice analysis groups shows that professionals can develop a sense of professional practice in order to reconnect with their professional identity and a shared working reality of. This all occurs in a context within which social work is required to confront all kinds of difficulties, from a lack of social resources and support to compliance with protocols that constrict professional interventions in the name of efficiency and the optimization of various programmes and services.

Key words: social work; profession; supervision; professional practice analysis.

Sumario: Introducción. 1. El análisis de la práctica profesional. 2. El Trabajo Social en un contexto de crisis. 3. Intervención en un Consejo Departamental que administra diferentes centros sociosanitarios. 4. El análisis de las prácticas profesionales: un espacio de pensamiento, un lugar de resistencia. 5. Movilizar los recursos del profesional para hacer frente al malestar. 6. Conclusión: sostener la consciencia colectiva como condición de la emergencia de un «sujeto». 7. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Solé Blanch, J.; Bossé, B. (2019). Sostener el sentido del Trabajo Social en grupos de análisis de la práctica profesional, en *Cuad. trab. soc.* 32(1), 191-203.

¹ Universitat Oberta de Catalunya, España
jsoblebla@uoc.edu

² Educatrice Spécialisée, Francia
chepenelopie@gmail.com

Introducción

En este artículo nos proponemos analizar algunos elementos críticos que aparecen de forma recurrente en los espacios de análisis de las prácticas profesionales en los que intervienen sus autores. Beatrice Bossé lo hace como animadora de grupos de análisis de las prácticas profesionales en Francia, y Jordi Solé como participante en dos seminarios permanentes, organizados por el Laboratorio de Educación Social de la Universitat Oberta de Catalunya y la Taula per la Reflexió en Educació Social, donde se dan cita profesionales e investigadores del campo social. Ambos seminarios tienen como objetivo abrir un espacio de pensamiento para promover el debate en torno a las prácticas del Trabajo Social y educativo que se llevan a cabo en múltiples contextos profesionales. Aunque se trata de escenarios de trabajo distintos -los grupos de análisis de las prácticas profesionales responden a un encargo institucional muy estructurado en Francia, mientras que los seminarios dependen de la implicación voluntaria de sus integrantes- ambos espacios devienen un lugar en el que los profesionales de la acción social «toman la palabra» con el objetivo de analizar sus prácticas cotidianas y los marcos teóricos que las sustentan. El trabajo que presentamos, pues, es fruto de un doble encuentro. Por un lado, el que realizamos los propios autores del artículo, al elaborar una reflexión conjunta en torno a experiencias de Trabajo Social que se sitúan en marcos de análisis y contextos geográficos diferentes. Por el otro, el que se quiere promover, en estos *Cuadernos de Trabajo Social*, a fin de ir tejiendo espacios de intercambio entre los diferentes agentes que conformamos la red profesional del ámbito de los servicios sociales, en la que incluimos a profesores e investigadores que se ocupan de la formación de profesionales del campo social.

1. El análisis de la práctica profesional

El análisis de las prácticas profesionales en Francia cuenta con una larga tradición, cuyos métodos y aplicaciones han ido evolucionando junto con el desarrollo de las profesiones sociales y la creación de dispositivos institu-

cionales muy diversos³. De acuerdo con esta tradición, los grupos de análisis de las prácticas profesionales se llevan a cabo, siguiendo el modelo implícito de los grupos Balint que, bajo denominaciones diferentes (grupos de reflexión clínica, grupos de análisis de situaciones profesionales, etc.) fueron evolucionando y difundiéndose en sintonía con el modelo psicoanalítico de supervisión. En nuestro caso, seguimos las aportaciones de numerosos referentes -Kaës, Pichon Rivière, Anzieu, Fustier, Gaillard, Henri-Menassé, Clot, etc.- quienes, junto a otros autores, han desarrollado amplios análisis en torno a la cuestión institucional y las dinámicas grupales de los profesionales.

Uno de los aspectos importantes que debemos señalar es que el análisis de las prácticas profesionales surgió en Francia por iniciativa de los propios profesionales, quienes defendieron la necesidad de contar con un espacio de reflexión, pensamiento y cuidado en el seno de las organizaciones sin la injerencia de los equipos directivos. Desde hace poco, las instituciones públicas francesas tienen la obligación de contratar, a los analistas de las prácticas profesionales que cuentan con un diploma que los capacita para el ejercicio de esta función, por medio de una convocatoria pública. A esta convocatoria responde un organismo de formación que subcontrata a dichos profesionales. Si bien mejora la transparencia de la contratación pública de los servicios -aunque estamos hablando de contratos pequeños - este procedimiento genera la aparición de intermediarios y, por lo tanto, un aumento de los costes allí donde las instituciones contrataban antes, directamente, a los profesionales quienes, por su parte, siguen siendo autónomos.

No existe un servicio tan estructurado dirigido a los profesionales de la acción social en España. Las organizaciones que ofrecen espacios formativos a sus equipos con la intervención de profesionales externos lo hacen de forma voluntaria, sin obligación estatutaria, si bien, en algunos casos y dependiendo de las regiones, existen convenios con las Administraciones Públicas y las universidades. En múltiples instituciones y equipamientos sociales -y en contra de la demanda expresada por muchos profesionales- no se ha ofrecido nunca un espacio de supervisión, que sería el dispositivo que más se asemeja al

³ En Francia, como es sabido, existen 17 tipos de profesiones diferentes en el campo social, educativo y de la salud mental con diferentes niveles formativos y de especialización.

servicio de análisis de las prácticas profesionales en Francia. A pesar de ello, contamos con algunas experiencias y aportaciones muy valiosas en torno a la supervisión de equipos en España (Fernández Barrera, 1997; Hernández, 2000; Puig, 2005, 2011 y 2015; Moyano, 2012; Ituarte, 2013), el acompañamiento con grupos profesionales (García Martín, 2012) o la investigación basada en la narración de la experiencia profesional y el autoanálisis (Julve, Cebrián y García, 2013; Pié y Solé 2014; Bretones y Solé, 2014; Montagud, 2015a y 2015b). Todas ellas, fundamentadas en un trabajo interdisciplinario e integrador en el que confluyen diversos marcos teóricos (trabajo social y educación social, teoría sistémica, teoría psicoanalítica, ética del cuidado, etc.), nos han permitido establecer vínculos muy provechosos en los intercambios que hemos mantenido a lo largo de nuestra reflexión en torno a nuestras propias prácticas en análisis de las prácticas profesionales. Sin duda, y siguiendo a Puig (2015), las diferentes estrategias que se han puesto en marcha en lugares tan diversos comparten la necesidad de

Amplificar la toma de conciencia sobre las necesidades profesionales y especialmente de los efectos que produce trabajar con situaciones de crisis social y así generar, dentro de lo posible, nuevas prácticas e instrumentos para estar atentos hacia los otros y hacia uno mismo con el objetivo de evitar y prevenir instalarse en el malestar personal, en el malestar en los encuentros con el otro o en el interior de los equipos (p. 173).

Tal y como sostienen García y Sáez (2011), «los profesionales trabajan con problemas contingentes y situados» que requieren formas de investigar y enseñar «capaces de insertarse en el régimen cotidiano de experiencias y problemas vivenciados por las personas y los profesionales» (p.2). La supervisión y el análisis de las prácticas profesionales pueden ser una herramienta muy útil en la lectura de la complejidad actual (Puig, 2011, p. 23) y en la

construcción de una cultura de autocuidado profesional.

En este artículo presentaremos una breve síntesis de un desarrollo mucho más amplio en torno al trabajo que se realiza con grupos de análisis de las prácticas profesionales en Francia⁴. En el trabajo original, el material autotnográfico y las notas de campo de Béatrice Bossé, como animadora de diferentes grupos de análisis de las prácticas profesionales, fueron el punto de partida de una reflexión mantenida en diversas conversaciones y seminarios de trabajo, confluyendo en un proceso de escritura común en el que nos hemos liberado -tal y como defienden Esteban (2004) y Feliu (2007), entre otros autores- de algunas dicotomías problemáticas como, por ejemplo, la separación entre objeto y sujeto, puesto que la animadora del grupo de análisis de la práctica profesional participa de esta doble condición: no solo se analiza qué ocurre en las prácticas profesionales del Trabajo Social, sino cómo se lleva a cabo la práctica de análisis de la práctica profesional. De este trabajo compartido tan solo ofrecemos el resultado de un proceso de reflexión que sigue todavía abierto, a fin de apuntar algunos elementos críticos que permitan analizar el trabajo en grupos de análisis de la práctica profesional. Para ello, expondremos la experiencia profesional de Beatrice Bossé con un grupo de trabajadoras sociales de diferentes centros médicosociales del departamento de Drôme en la región de Ródano-Alpes en Francia⁵. Tal y como sostienen Pereira, Solé y Fernández (2012), «son las situaciones concretas en las que se ponen en juego las habilidades y competencias profesionales las que permiten pensar acerca de las funciones y tareas propias de cualquier profesión» (p. 179). Nuestro propósito en este artículo es el de acercar una reflexión que surge del trabajo cotidiano con grupos de análisis de la práctica profesional en un proceso permanente y compartido de investigación-acción, donde el material empírico y el análisis provienen de la reflexión crítica en torno a la propia experiencia profesional (Camas, 2014).

⁴ En el momento en el que presentamos este artículo, los autores estamos revisando las galeradas de un libro que se publicará en la colección del Laboratorio de Educación Social de la Editorial Universitat Oberta de Catalunya. En él se analiza el trabajo realizado por Béatrice Bossé, con tres grupos más de análisis de la práctica profesional.

⁵ En Francia, cada unidad territorial (*departement*) dispone de centros médicosociales. En una ciudad puede haber distintos centros de estos, distribuidos por barrios y zonas de influencia. En las zonas rurales se reparten en función de la densidad de la población. En cada centro están representados todos los servicios sociales del departamento (infancia y adolescencia, personas mayores, servicio para el alojamiento, discapacitados, PMI, etc.).

2. El Trabajo Social en un contexto de crisis

El discurso de la «crisis financiera» del sistema capitalista ha puesto en peligro el funcionamiento y la supervivencia del Estado social, que ha visto cómo se disuelven las antiguas estructuras protectoras, en contraste con el auge del Estado penal, tal y como ha demostrado Wacquant (2010). La precariedad se extiende y normaliza, convirtiéndose, tal y como revela Isabell Lorey (2016), en un régimen, en un modo hegemónico de ser gobernados y de gobernarlos a nosotros mismos.

El impacto social de la crisis está afectando gravemente a las condiciones de vida de muchos ciudadanos y ciudadanas: aumento de la pobreza y de la tasa de paro, inestabilidad en el empleo, devaluación salarial, recortes de las pensiones, sobreendeudamiento de las familias, desahucios, segregación urbana, etc. La polarización y dualidad social no ha hecho más que acrecentarse. Mientras tanto, el aniquilamiento del gasto social ha convertido a los Servicios Sociales en dispensadores de ayudas sociales de emergencia, y en dispositivos de control y dependencia institucional de las poblaciones más vulnerables. Todo ello sucede en un contexto de modificación de las políticas públicas de atención social, que se han individualizado en nombre de la asistencia y el acompañamiento del caso por caso, colocando en el centro del Trabajo Social, tal y como sostienen Abad y Martín (2015), «la exigencia de mayor eficacia y productividad» de acuerdo a las nuevas técnicas racionalizadoras de la gestión que se han impuesto en las instituciones sociales (p.180).

Desde el punto de vista del análisis de la práctica profesional, «en el tiempo de la ingeniería y el marketing social» (p. 181), percibimos con claridad el malestar que esto produce en los y las trabajadoras sociales, que han visto transformar el sentido de su trabajo de acuerdo «a las exigencias organizacionales y de gestión -consideraciones administrativas, reglamentos cada vez más precisos, fichas que cumplimentar, procedimientos que respetar, etc.- que se sitúan por encima de la relación humana» (p. 181). Las operaciones de control en el seno de las instituciones no dejan de desarrollarse, siempre bajo la doble *doxa* de los recortes y las nuevas modas gerenciales. La queja de muchos educadores y trabajadores sociales que han visto aumentar el tiempo que pasan en sus despachos, exigidos por las cargas burocráti-

cas en lugar de dedicarlo a los usuarios, se ha convertido ya en un lugar común. Los profesionales están ocupados en otras cosas en vez de centrarse en su «tarea principal», un hecho que ha irrumpido en las representaciones que se hacen en torno a su trabajo. Así, pierden el sentimiento del trabajo bien hecho y la confianza en una identidad profesional que se ha visto desdibujada.

Mientras tanto y siguiendo a Dubet (2013), el «trabajo social educativo se ha visto sometido a fuerzas centrífugas, de las cuales el desarrollo de las políticas sociales es la principal y más paradójica» (p. 303), teniendo que desarrollarse en un contexto de profunda inestabilidad. «El trabajo social -dice el autor francés- no vive más que de sus desequilibrios, de sus tensiones, de sus sucesivos saltos de pulga entre varias posiciones y varios contextos éticos de definición del otro y de sí mismo» (idem); es por ello por lo que, teniendo en cuenta la «homología» que se produce entre las experiencias de los usuarios y las de los propios profesionales -los segundos tienen el sentimiento agudo de verse confrontados a las mismas situaciones precarias e inciertas que los «sujetos-objetos» de su trabajo-, los equipos están obligados a producir un trabajo significativo mediante la articulación coherente de su propia experiencia. Un trabajo en equipo verdadero y el establecimiento de un espacio de análisis de la práctica profesional puede ayudar a realizar este cometido.

No disponemos de suficiente espacio para explicar con detalle en qué consiste el dispositivo de análisis de la práctica profesional. Tan solo quisiéramos apuntar que los profesionales hallan en él la posibilidad de abrir un paréntesis para la reflexión colectiva, dotándose de «un tiempo para el intercambio». En este sentido, el análisis de la práctica profesional proporciona un encuadre fijo que garantiza la seguridad de los intercambios entre los participantes (Bleger, 2004).

La primera condición para que funcione un grupo de análisis de la práctica profesional pasa por la posibilidad de afianzar un espacio capaz de generar confianza entre todos los miembros. Para ello, hay que disponer de tiempo suficiente para lograr instalar un sentimiento de seguridad, a fin de que los profesionales se sientan capaces de exponer ante sus colegas los padecimientos ligados a unas prácticas que, a menudo, son vividas con mucha ansiedad. El temor a ser juzgado está siempre

presente y, con frecuencia, paraliza el desarrollo de un trabajo en profundidad capaz de interpelar la subjetividad de cada cual.

Desde hace algunos años, hemos observado una evolución importante en el trabajo de análisis de la práctica profesional con los equipos. La demanda institucional acostumbra a formular un encargo de supervisión o análisis de la práctica de los profesionales, pero muchas veces los grupos manifiestan otro tipo de necesidades, a menudo opuestas a la propia demanda institucional y muy ligadas a su malestar. Tal y como sostiene Puig (2015), ese malestar no solo se traslada al interior de los equipos, sino también a las personas que se atiende en los diferentes dispositivos del ámbito psicosocial. Enfrentados a una falta de respuesta a sus preocupaciones, la mayoría de los grupos depositan en el trabajo de análisis de la práctica profesional una gran parte de su insatisfacción y angustia profesional. No siempre el espacio de análisis de la práctica profesional es el mejor lugar en el que descargar tensiones que van más allá de la intervención profesional. A menudo se mezclan conflictos de carácter laboral que deberían canalizarse desde otros espacios; sin embargo, nos hallamos ante un colectivo poco organizado. Por ello, no es extraño que los profesionales encuentren en el espacio de análisis de la práctica profesional la oportunidad de organizar sus frentes de lucha y que, de un modo u otro, el analista se sienta impelido a acompañarlos durante el proceso, afirmando el compromiso político de su propio trabajo. El esfuerzo del animador de un grupo de análisis de la práctica profesional radica, entonces, en poder definir las demandas de los equipos, especificándolas y orientándolas de acuerdo a sus necesidades. Uno de los objetivos prioritarios es el de evitar caer en la “patologización” de unos malestares que, demasiado a menudo, se redirigen hacia los discursos en torno al estrés o el *burn out* (profesional quemado), cuestiones que remiten a presuntos trastornos médico-psiquiátricos de la personalidad individual que neutralizan la posibilidad de pensar en ese sufrimiento desde su dimensión social; es decir, desde las condiciones materiales e ideológicas en las que se desempeña hoy el Trabajo Social (precariedad laboral y salarial, presión asistencial, desidia de los responsables políticos, externalización poco transparente de

los servicios, falta de recursos, vacío de la cotidianidad burocrática, etc.), una posición que -siguiendo a Rendueles (2017)- permitiría enfrentar ese malestar desde lo común. Las situaciones que describiremos en la siguiente viñeta⁶ pueden ayudarnos a reflexionar sobre ello.

3. Intervención en un Consejo Departamental que administra diferentes centros sociosanitarios

El Consejo Departamental en el que intervenimos solicita el acompañamiento de tres grupos de trabajadoras sociales. El encargo de la institución es juntar a las profesionales de distintos centros médicosociales que trabajan en un mismo territorio para que se conozcan y se mezclen entre ellas. Uno de los objetivos es enriquecer los intercambios y permitir tiempos de respiro fuera de sus propios equipos. Asimismo, esto permite que el espacio de análisis de la práctica profesional no se convierta en un lugar de regulación de los conflictos internos de cada equipo que, demasiado a menudo, acaparan un tiempo de trabajo que habría que dedicar al análisis de las prácticas. Las profesionales, un número de 8 a 12 personas, elijen participar en las sesiones de análisis de la práctica profesional que no son obligatorias, y se comprometen por dos años.

La tarea principal de las trabajadoras sociales, tal y como la define René Kaës (2005), es acoger a personas que se encuentran en situación de precariedad y proponer recursos en función de sus necesidades dentro del marco de una relación que apunte a transformar y liberar a la persona. Lo que observan estas trabajadoras sociales es que, cada vez más, muchas personas llegan al centro médicosocial como último recurso, ante la exclusión de todos los demás servicios de protección y «asistencia social» que ofrece el sistema.

La multiplicación de interlocutores en un campo con servicios especializados, para los que se requiere «reunir requisitos» o responder a un determinado «perfil», la informatización de todos los trámites en organismos sociales que imponen mecanismos de control de todo tipo, el cumplimiento de protocolos cada vez más estrictos, la multiplicación de documentos y formularios que han de presentar que derivan en «rechazos admi-

⁶ El término viñeta forma parte de la jerga clínica, sobre todo en el ámbito de la psicología, donde se acostumbra a desarrollar la teoría mediante casos; ejemplos que ilustran lo que se está exponiendo.

nistrativos», etc., dejan cada vez más a personas a la deriva por un laberinto de servicios (Ubieto, 2012). Ante tantas trabas, -tal y como podemos ver en *Yo, Daniel Blake*, la última película de Ken Loach- la gente acaba por autoexcluirse del sistema y «buscarse la vida» encerrada en un círculo de desamparo y precariedad.

Las mismas trabajadoras sociales, sin recursos que ofrecer, no pueden administrar repuestas inmediatas y eficaces para ayudar a estos ciudadanos. La indignancia crece, los umbrales mínimos son cada vez más bajos, etc. Los centros médicosociales se han convertido, pues, en el último recurso capaz de proporcionar un acompañamiento sin tener nada en concreto que ofrecer, más allá de un espacio en el que se puede hallar cierta orientación y compañía. Por ello, algunas trabajadoras sociales no pueden evitar verse a sí mismas como «residuos espirituales» en los que estallan los problemas sociales que la sociedad y las instituciones son incapaces de erradicar. El riesgo de dejar a estas personas a la deriva es, para muchas de ellas, descorazonador. Estas trabajadoras de primera línea sufren mucho ante su impotencia y, por ello, se ven forzadas a cuestionar el sentido de lo que hacen.

El cambio en la concepción del Trabajo Social es muy grande y los mensajes de un sistema, dispuesto a gobernar la precariedad mediante el discurso de la responsabilidad individual, lleva a los profesionales a enfrentar su encargo institucional con muchas contradicciones. Por ello, esas trabajadoras sociales sienten la necesidad de reexaminar sus prácticas y hacer virajes importantes.

A menudo, esos cambios aparecen cuando se proyectan en las necesidades de los propios usuarios. Veamos cómo se produce en una situación real. Un hombre separado viene a pedir ayuda económica. Aunque tiene ingresos, no llega a fin de mes y, por lo tanto, no puede acoger a sus hijos el fin de semana que le toca. Las profesionales cuentan en el grupo de análisis de la práctica profesional que una situación así pueden sufrirla ellas mismas o cualquier miembro de sus entornos más inmediatos, por ello se identifican con este hombre que ha perdido su trabajo e intenta buscar recursos asociativos y caritativos que le permitan sostenerse. Ellas mismas harían lo mismo si se encontraran en una situación similar -dicen- conscientes de formar parte de una clase media asalariada que, en cualquier momento, puede ser enviada al pozo de la miseria.

Casos así permiten, a las trabajadoras sociales de este grupo de análisis de la práctica profesional, cuestionar el hecho de que los excluidos por el sistema sean responsables únicos de su situación. A partir de este caso social, estas trabajadoras sociales se ponen a pensar cómo hay que acompañar hoy en día a estas personas, sabiendo que la solución no se halla en una ayuda económica insuficiente y que ya no pueden ofrecer, sino más bien en la solidaridad, la creación de espacios comunes, la ayuda mutua, etc. La imaginación y la búsqueda de recursos más allá de la ayuda pública -porque esta ha dejado de concederse o, simplemente, es insuficiente- devienen, así, indispensables. Acostumbradas a gestionar recursos y poder ofrecer soluciones individuales, el contexto en el que se plantean hoy este tipo de problemas les obliga a colocarse en otra posición.

Un caso como este puso a prueba la capacidad de autoorganización de las propias trabajadoras sociales, a pesar de las contradicciones a las que se enfrentaban como representantes de un servicio público que había dejado de responder. De una manera u otra, sienten la obligación de ofrecer soluciones, si bien lamentan que, con sus acciones al margen de los protocolos previstos, su labor sustituye una responsabilidad que correspondería al Estado. Pero el Estado hace tiempo que rompió el pacto social. Fue así, entonces, cómo se organizaron para articular redes de intercambio en el propio centro médicosocial (trueque de ropa y comida, poner en contacto a personas que se encuentran en situaciones similares, gestión de coalquileres para dar respuesta a las necesidades habitacionales, etc.), aunque con ello estuvieran incumpliendo las normas de la propia institución.

Ante la parálisis institucional y el riesgo de instalarse en una queja estéril e ineficaz, estas trabajadoras sociales deciden dar un paso al frente y organizar una respuesta. Por supuesto, son muy conscientes de que las situaciones de injusticia no se combaten con acciones altruistas de carácter individual. El ejercicio de una especie de santidad cotidiana movilizadora, a partes iguales, por el hartazgo y la compasión, no puede hacerse cargo de la miseria del mundo. Sin embargo, sienten que hay que empezar por algún lugar, aunque ello solo les proporcione ciertos beneficios narcisistas. Sea como fuere, en ningún caso esconden las contradicciones a las que se ven sometidas cuando llevan a cabo este tipo de acciones, ancladas

en una suerte de romanticismo profesional por el hecho de ir más allá del mandato oficial, como si lo mejor de su trabajo solo pudieran realizarlo en el terreno de la resistencia y la clandestinidad.

Estos son algunos de los conflictos internos que afrontan estas profesionales cada día. En el espacio de análisis de la práctica profesional nos damos cuenta que, frente a la depresión y el desaliento, el grupo puede soportar y contener el desánimo para darle la vuelta y suscitar ideas innovadoras. En el transcurso de las sesiones surgen momentos luminosos que esparcen semillas de ánimo y fortaleza cuando una de ellas, por ejemplo, se autoriza a contarnos una experiencia al margen. Se percibe entonces cierta satisfacción de haber podido inventar y desbloquear una situación, aunque para ello se haya forzado el límite de las funciones profesionales que establece el encuadre del aparato burocrático.

El arte de las pequeñas cosas... Recoger ropa y esconderla en un almacén del centro médicosocial a fin de poder atender las urgencias, organizar una pequeña despensa de comida, compartir una agenda de contactos con los usuarios, etc. La paradoja de esos gestos subversivos -en la medida que llevan a cabo acciones vetadas en los centros médicosociales - tiene que ver con el hecho de que esas trabajadoras sociales recurren a los propios orígenes de la profesión, marcada por la militancia filantrópica y el altruismo. Sus actos de resistencia no pueden sostenerse en la técnica o el *savoir-faire* profesional. El análisis de la práctica se convierte, entonces, en un «arte de casi nada», tal y como sostiene Henri-Menassé (2009). En efecto, esas trabajadoras sociales son protagonistas de pequeños gestos capaces de aliviar situaciones de desesperación y, de paso, mitigar un poco la culpabilidad de sentirse impotentes ante unas políticas públicas que generan abandono y exclusión. De hecho, la reivindicación que pueda haber detrás de esos gestos es secundaria. En las sesiones de análisis de la práctica profesional apenas aparece. Sus acciones son fruto de una espontaneidad donde el discurso pasa a un segundo plano, porque lo decisivo es «comprometerse» y «poner el cuerpo», la «virtud» de los actos movilizadores (Butler, 2017). En otras palabras, lo que cuenta verdaderamente es el propio gesto de desafío.

Ubicadas en lugares de acogida y acompañamiento sin medios materiales para poder

ayudar, esas situaciones de experiencias al margen ponen a estas trabajadoras sociales en tensión, siempre difícil de sostener a largo plazo. Las transgresiones se pueden soportar durante un tiempo, pero no pueden convertirse en la norma, sobre todo cuando la correlación de fuerzas es tan dispar. Esos gestos cargados de compasión y las ficciones de esperanza que las sustentan, acaban chocando siempre con la miseria más negra; la que provoca la desigualdad, pero también la que generan las propias pulsiones de los sujetos hacia los goces autodestructivos. El sentimiento de integridad se ve, entonces, amenazado, y es ahí donde se instala el sufrimiento, tal y como explica muy bien Yves Clot (1995). El malestar que manifiestan tiene que ver, sobre todo, con el sentimiento de no cumplir correctamente con sus funciones y la pérdida de sentido de su actividad profesional; percibir, en definitiva, cómo sus prácticas cotidianas están muy lejos de la representación simbólica que se hacen en torno al trabajo bien hecho.

Las restricciones presupuestarias vienen de todas partes, sometiendo a las trabajadoras sociales de los centros médicosociales a una profunda reflexión sobre los límites de su trabajo individual. El tiempo de elaboración en análisis de la práctica profesional permite apuntar estos límites, así como las condiciones trágicas en las que los profesionales deben desempeñar hoy su función. A menudo esos límites se vuelven insoportables. Los recursos aparecen cuando piensan en la dimensión colectiva de su actividad profesional, aunque para ello deban hacer frente a marcos institucionales y burocráticos que impiden la creación de espacios capaces de impulsar acciones arraigadas en la comunidad (Solé, 2014). ¿Dónde hallar, entonces, la motivación por seguir desarrollando sus funciones? El espacio de análisis de la práctica profesional aparece como un buen lugar donde recuperar el sentido de su trabajo y elaborar, junto con otros compañeros y compañeras, el desarrollo de unas prácticas profesionales capaces de hacerse cargo de su propio malestar.

4. El análisis de las prácticas profesionales: un espacio de pensamiento, un lugar de resistencia

El análisis de la práctica profesional que es una herramienta para pensar en el trabajo social y educativo ¿cómo permite a los protagonistas

sostener su profesionalidad? Si el espacio de análisis de la práctica profesional es capaz de abrir un campo de experiencia compartida en el que ponemos nuestro cuerpo y nuestras relaciones en el centro, asumiendo la concreción de las circunstancias, la parcialidad y la ambigüedad de los hechos, ¿podemos percibirlo también como un lugar de resistencia en el que los profesionales puedan defender el verdadero sentido de su trabajo?

En el caso que hemos expuesto, las profesionales que componían el grupo estuvieron muy presentes en la continuidad del trabajo que se hizo en el espacio de análisis de la práctica profesional. La «ilusión grupal», tal y como la describe Anzieu (1971), era muy fuerte. A menudo se repetía un comentario: «este lugar funciona como un refugio». Por este motivo, se establecieron vínculos muy sólidos entre sus componentes. Cada profesional había integrado el grupo y el espacio de análisis de la práctica profesional en sus propias vidas. Formaba parte de sus vínculos más cercanos, una red de apoyo y solidaridad con la que sostener su cotidianidad. Podemos dar cuenta de ello con alguna anécdota, como el caso de una trabajadora social que mandó un mensajito diciendo que pensaba en el grupo el día que no pudo asistir a una de las sesiones por haberse marchado lejos, de vacaciones. Este simple detalle muestra hasta qué punto el grupo, resistente, supone un apuntalamiento seguro que refuerza a cada profesional en los momentos, numerosos, de duda, cuando el sentimiento de soledad las atraviesa.

De hecho, su trabajo cotidiano es solitario. A menudo se ven expuestas a situaciones de violencia importantes. En el espacio de análisis de la práctica profesional podían contar sus miedos largamente silenciados, sobre todo frente a la violencia, que puede estallar en cualquier momento, aunque apenas se produzcan incidentes extremos. Sin embargo, esos testimonios nos recuerdan que el suyo es un trabajo en el que se pone el cuerpo, y es ahí, cuando hacen frente a situaciones muy tensas en sus despachos, que sienten la amenaza de una mala reacción. Cualquier profesional puede convertirse en el chivo expiatorio de todos los desamparos y frustraciones, por eso el grupo funciona entonces como una comunidad de pares que, ante la desconfianza y el desasosiego, sirve de sostén y punto de referencia.

El espacio de análisis de la práctica profesional permite abrir un tiempo de reflexión en

torno a las prácticas a fin de analizar las transferencias y contratransferencias de los profesionales con los «usuarios». Este tiempo se convierte en un depósito de los sufrimientos y cuestionamientos derivados de la práctica profesional. En efecto, los profesionales deben hacer frente a sentimientos cada vez más extendidos y compartidos de no hacer bien su trabajo porque las posibilidades de repuesta están cada vez más alejadas de la representación que tienen de su oficio, en la medida que la propia mutación de las políticas sociales y los dispositivos de los servicios sociales y, en general, del Trabajo Social, cumplen funciones decisivas en los procesos de estratificación y diferenciación social (García, Muñoz y Sáez, 2017). Sin duda, creemos que un espacio de reflexión como el análisis de la práctica profesional ofrece posibilidades de nutrir todavía un análisis sobre el sentido del trabajo que desarrollan, poniendo en valor la cultura del cuidado, en el sentido de preocuparse por la atención y el trato de los otros, que es el trabajo real del Trabajo Social (Puig, 2015).

Lin Guimaud (2009), en un artículo sobre la supervisión de equipos profesionales en el campo de la acción social, apunta una hipótesis para hacer frente a ese cambio de paradigma. Hay que trabajar a partir de lo oculto -dice Guimaud- es decir, tomar en consideración aquello que no se ve debajo de lo que se percibe o manifiesta, del signo negativo y del signo discreto que uno se da, la mayor parte del tiempo, a fin de acceder a las lógicas del síntoma y a los sufrimientos identitarios que este mismo tapa. Para enfrentar este objeto que siempre se moviliza (el síntoma), que refleja las paradojas entre necesidad de desarrollo, defensas psíquicas y desventaja social, las trabajadoras y trabajadores sociales son impelidos a tomar conciencia de su propio sistema de defensa a fin de adoptar posiciones psicodinámicas que sean favorables a la evolución de los usuarios. No se puede ayudar al otro a establecer lazos sociales -sostiene Guimaud- si uno está encerrado en un discurso con una función defensiva o victimista, en una organización no-elaborada, en una posición profesional que no sea analizada ni criticada.

La época actual pone en crisis las representaciones que tienen las trabajadoras y trabajadores sociales en torno a las prácticas profesionales en las cuales se han apoyado durante muchos años. El titubeo y la inseguridad ante su identidad profesional tienden a inducir un

modo de pensamiento atrapado a oposiciones artificiales que no favorecen el recorrido clínico, el cual exige hacer conexiones entre elementos percibidos como distantes, alejados e incluso incompatibles. La época nos obliga a buscar nuestros «fundamentos». Por ello, hay que interrogar a la historia de nuestro campo institucional. A veces nos lleva a establecer engarces que pueden parecer inasimilables. Esto les ocurre también a los animadores del análisis de la práctica a la hora de ayudar a los equipos a modelar su ejercicio profesional en función de un nuevo contexto global, que lleva a un cuestionamiento abierto sobre la antropología del Trabajo Social.

Lin Guimaud defiende la necesidad de «formalizar el trabajo social», es decir, sostener un esfuerzo por parte de los equipos para definir de manera concreta y entendible hacia el exterior las elecciones que realizan en torno a sus prácticas, referenciadas de acuerdo a los objetivos que se plantean. Por ejemplo, pueden ser los proyectos institucionales, pero también formas de trabajo adaptadas a los usuarios, en el sentido que defiende Puig (2015, p. 176) de «atención a la subjetividad». Dar sentido, en definitiva, a los actos concretos del profesional.

Podríamos entender este trabajo de formalización como una «inscripción política del trabajo social». Si no se toma esta decisión de formalizar a nivel institucional qué es lo que está ocurriendo, se produce una pérdida de compromiso, un abandono ético y técnico que se corresponde con lo que están viviendo los mismos dispositivos institucionales, y que tiene repercusión en todos los niveles de la práctica. Se puede hablar ahí de un colapso de la función del «tercero institucional» que engendra una descontextualización de las prácticas, una distancia. Así, estas funcionan solas en «burbujas» autónomas sin tener una idea adecuada de su origen y desarrollo, sin correlación entre ellas ni con los *partenaires* externos. En este sentido, Puig sostiene la necesidad de «hacerse confiable. Ser más claro y riguroso, si cabe, en las narraciones sobre la realidad que se trabaja. Explicarse mejor en los entornos de influencia; exponer con transparencia los marcos desde donde se puede trabajar y manifestar posicionamientos» (p.178).

Nuestra responsabilidad en este cuestionamiento, pues, está comprometida. La demanda

de análisis de la práctica existe en muchos servicios del campo social, y está inscrita como «buena práctica» a nivel europeo. Pero si analizamos la emergencia de esas «buenas prácticas», tal y como lo hace Yves Clot (2010), veremos hasta qué punto se alinean con la tendencia higienista de la sociedad⁷. Las buenas prácticas se preocupan más de proporcionar condiciones laborales de calidad -entendidas como calidad de vida en el trabajo (ergonomía, desarrollo de entornos laborales saludables, etc.)-, que de la calidad del trabajo bien hecho, y es ahí donde se produce la neutralización política del conflicto, que acaba siendo reconducido, según la *doxa* gerencial que ha colonizado las instituciones, mediante la solicitud de compromiso de los trabajadores sociales en los «planes estratégicos orientados a resultados», la evaluación de sus intervenciones y la aplicación de protocolos. De hecho, son los trabajadores mismos quienes, ante el desconcierto generalizado, piden esos protocolos.

Es totalmente natural que el desorden y la confusión creen ansiedad. De un modo u otro, los profesionales ponen en juego sus propias defensas psicológicas reclamando procedimientos de trabajo claros y directos, soluciones *ad hoc*, rutinas burocráticas que contrarresten el malestar ante escenarios institucionales tan frágiles. Al no encontrar sentido en lo que hacen, renuncian a sus propias formas de autonomía profesional para supeditar sus tareas a modos uniformes de intervención ligadas a lógicas tecnificadas en las que se acaban imponiendo prácticas de monitoreo y control que se encuentran muy lejos de los viejos ideales de la profesión, coherentes con el «proceso de (de)sentimentalización del Trabajo Social moderno» (Parajuá, 2017, p. 307), y que solo contribuyen a aumentar su propio malestar.

5. Movilizar los recursos del profesional para hacer frente al malestar

En el análisis de la práctica profesional, al tratar de sostener el pensamiento sobre las situaciones vividas, cuestionamos el lugar en el que se manifiesta el malestar profesional, es decir, el sentido del trabajo. Es ahí, en el sentido del trabajo, donde vemos sufrir a muchos profesionales, quienes, por lo demás, no dejan de pedir ayuda para no ceder a la desolación. Para

⁷ La tendencia higienista no la entendemos aquí en términos eugenésicos, sino como factor involucrado en la satisfacción laboral.

hacer frente a ello, los profesionales ya no pueden dispensarse de un trabajo de producción del sentido y de la legitimidad de aquello que hacen. En esa vertiente, el «sistema» no les brindará ningún tipo de garantía; por eso es tan importante preservar un espacio lo suficientemente creativo como para producir el sentido de un trabajo siempre amenazado de naufragar en las tensiones cotidianas de la práctica profesional, así como en la rutina y las tareas más insignificantes, por no mencionar el control ideológico al que se está sometiendo el Trabajo Social al incorporar los discursos y prácticas del *management*, cargados de una retórica tan vacía como eficaz en el que «la calidad y la excelencia devienen un nuevo referente simbólico para los servicios sociales» (García, Muñoz y Sáez, 2017, p. 378).

El objetivo del trabajo hoy -dice Du Tertre (2005)- implica disponer, más allá del tiempo de trabajo, de un tiempo para regular la actividad, y no solamente de reaccionar. Sin este tiempo, la salud está en peligro; pero para ello, cada uno debe poner algo de sí mismo en su trabajo. Sin embargo, la dificultad que hallamos en el espacio de análisis de la práctica profesional -que es el lugar donde los profesionales pueden encontrar un tiempo para regular su actividad-, tiene que ver con el hecho de sostener su capacidad en el mantenimiento de la salud en el trabajo sin caer en el riesgo de la psicologización que, como sabemos, atribuye al propio trabajador su fragilidad psíquica en torno a su propio malestar. Es el trabajo al que hay que curar, y no al trabajador.

Somos conscientes que nuestra práctica profesional en análisis de la práctica profesional corre el riesgo de convertirse en un instrumento de pacificación del malestar que sienten tantos profesionales del campo social al levantar una muralla (psicológica) frente a los riesgos psicosociales. Yves-Clot (2010), siguiendo a Nathalie Zaltzman, dice que una cierta cultura psicoanalítica de lo íntimo, asociada a una concepción en torno al sufrimiento de la existencia humana, a la supuesta fragilidad del psiquismo, a su reactividad traumática, etc., puede acabar colaborando (sin quererlo) en la fragilización del sujeto que se quiere proteger. La escucha -sigue diciéndonos el autor francés-, cuando deviene una perfusión psicológica sobre situaciones de trabajo insostenibles, corre el riesgo de «flirtear» con una perversión de la palabra. En ese momento, deviene un «factor» de regulación social que legitima

una lógica discursiva individualizadora y, por tanto, un proceso de disciplinamiento moral de corte psicológico. Tal y como afirman Crespo y Serrano (2016, p. 288), «la psicologización del trabajo es un proceso psicopolítico de producción de sujetos, cuya característica principal consiste en la producción de un discurso moral, orientado a la transformación de los problemas sociales en problemas personales y psicológicos». Las soluciones a dichos problemas apelan directamente al trabajo que cada cual debe hacer sobre uno mismo, usurpando a los profesionales la posibilidad de interpretar aquello que les sucede desde otros marcos a fin de cuestionar el orden social imperante y repolitizar su práctica profesional. En este sentido, una práctica de análisis de la práctica profesional psicologizadora implica una lógica discursiva que responsabiliza a los propios profesionales de las situaciones que padecen en el seno de las instituciones, impidiendo la posibilidad de elaborar las dificultades de forma cooperativa. Este hecho, no solo los hace más vulnerables, sino que contribuye a despolitizar la expresión de su malestar.

6. Conclusión: sostener la consciencia colectiva como condición de la emergencia de un «sujeto»

Sabemos por Anzieu (1971) y Kaës (2014) que cada grupo se constituye sobre un fondo de alianzas inconscientes que permiten la creación de un imaginario grupal. Esto favorece la creación de un escenario sobre el cual, en un primer momento, gracias a la confianza que se instala entre los profesionales, y a los distintos pensamientos que pueden expresarse, un espacio de subjetivación puede acontecer. En el ámbito laboral, este hecho puede producirse si existe la posibilidad de generar y tratar el conflicto en un contexto colectivo.

Gran parte de las instituciones, y sobre todo en las higienistas, sostienen un orden en el que se evitan todos los conflictos. Los trabajadores sociales mismos no se animan a hablar entre ellos para confrontar sus pensamientos y las diferencias que los separan. La moderna ética del trabajo, centrada en el trabajo en equipo -tal y como analizó Richard Sennet (2000)- le gusta permanecer «en la superficie de la experiencia» (p. 104). El trabajo en equipo -dice el autor estadounidense- es la práctica en grupo de la superficialidad degradante, donde las

relaciones humanas se presentan «como una farsa» (p. 112). Mantenerse en la superficie de las cosas, evitar las largas historias de intrigas, traiciones pasadas y celos... «mantiene unida a la gente gracias a la omisión de cuestiones personales divisorias, difíciles» (p. 113).

En la presentación del encuadre del grupo de análisis de la práctica profesional, se institucionaliza el respeto de la palabra del otro para poder experimentar el desacuerdo; mejor dicho, la conflictividad entre profesionales. En nuestra práctica este punto es muy importante. Yves Clot (2010) propone la idea de «la disputa profesional». A nosotros nos parece muy interesante para rehabilitar el colectivo. Es necesario darle la espalda a la comunidad «protegida». La negación del conflicto no es sana. El colectivo es necesariamente heterogéneo. Esta vitalidad «deliberada» sobre las condiciones del trabajo bien hecho en los colectivos profesionales es instituyente, al menos si uno se la toma en serio. La disputa profesional colectiva se desplaza al interior de cada profesional, donde esta disputa continúa, lo quiera

él o no. Se convierte en un diálogo interno al servicio de su propia actividad, teclado colectivo para salvarse solo, escala con la cual tocar su música particular. Apoyarse en una disputa colectiva sostiene al «yo» que habla y obliga a situarse «en tanto que» trabajador social, educador, animador... fortaleciendo la identidad profesional.

Las órdenes mortíferas de la institución, así como sus impotencias, pueden estar contenidas en el espacio psíquico del grupo. Con los intercambios y la validación de los padecimientos, el grupo de análisis de la práctica profesional puede sostener un pensamiento vivo. Así pues, la intervención de los animadores de grupos nos parece hoy más comprometida que antes. Los grupos esperan cada vez más la llegada de recursos, quizás sobre una persona que viene del exterior. Recursos entendidos en términos de cuestionamientos, pero también de aportes que permitan crear brechas en los pensamientos congelados y obturados frente a las situaciones que paralizan hoy a tantos profesionales.

Referencias bibliográficas

- Abad, B. y Martín, I. (2015). El Trabajo Social ante la crisis. Nuevos retos para el ejercicio profesional de los y las trabajadoras sociales. *Cuadernos de Trabajo Social*, 28(2), 175-185. Doi: http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.2015.v28.n2.48765
- Anzieu, D. (1971). L'illusion groupale. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 4, 73-93. Disponible en : http://www.cpgf.fr/Vocabulaire/Items/illusion_groupale_Anzieu.pdf (Consultado el 6 de abril de 2017).
- Bleger, J. (2004). Psychanalyse du cadre psychanalytique. En: R. Kaës (coord.), *Crise, rupture et dépassement* (pp. 257-275). París: Dunod.
- Bretones, E. y Solé, J. (2014). Discursos y prácticas profesionales en educación social. En: I. García Parejo (ed.), *El estudio del discurso en comunidades educativas. Aproximaciones etnográficas* (pp. 153-160). Madrid: Traficante de sueños.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Barcelona: Paidós.
- Camas, V. (2014). La mirada etnobiográfica como espacio interdisciplinar en la investigación social. *Methodos. Revista de Ciencias Sociales*, 2(2), 148-170.
- Clot, Y. (1995). *Le travail sans l'homme*. París: La Découverte.
- Clot, Y. (2010). *Le travail à coeur, pour en finir avec les risques psychosociaux*. París: La Découverte.
- Crespo, E. y Serrano, A. (2016). La psicologización del trabajo: la desregulación del trabajo y el gobierno de las voluntades. En R. Rodríguez (coord.), *Contrapsicología: De las luchas antipsiquiátricas a la psicologización de la cultura* (pp. 273-296). Madrid: Ediciones Dado.
- Du Tertre, C. (2005). Services immatériels et relationnels: Intensité du travail et santé. *Activités*, 2(1), 37-49. Disponible en: [file:///C:/Users/JORDI1/Downloads/activites-1567%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/JORDI1/Downloads/activites-1567%20(1).pdf) (Consultado el 6 de abril de 2017).
- Dubet, F. (2013). *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Esteban, M.L. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, 12, 1-21. Disponible en: http://cdd.emakumeak.org/ficheros/0000/0416/12_04.pdf (Consultado el 14 de julio de 2017).

- Feliu, J. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital*, 12, 262-271. Disponible en: <http://www.redalyc.org/html/537/53701215/> (Consultado el 6 de julio de 2017).
- Fernández Barrera, J. (1997). *La supervisión en Trabajo social*. Buenos Aires: Paidós.
- García Martín, L. (2012). El Grupo operativo como método participativo: poder y aprendizaje en la relación profesional. *Cuadernos de Trabajo Social*, 25(1), 205-219. Doi: http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.2012.v25.n1.38445
- García, J. y Sáez, J. (2011). Educación Social ¿Qué formación para qué profesional? *RES. Revista de Educación Social*, 13, 1-14. Disponible en: http://www.eduso.net/res/pdf/13/esforpro_res_13.pdf (Consultado el 6 de julio del 2017).
- García Escamilla, E.; Muñoz Rodríguez, D. y Sáez Bayona, M. (2017). El Trabajo Social como opción de lucha contra la desigualdad, el empobrecimiento y la exclusión social: trayectorias y estrategias de la coordinación Baladre, *Cuadernos de Trabajo Social*, 30(2), 377-388. Doi: <http://dx.doi.org/10.5209/CUTS.54596>
- Guimaud, L. (2009). Pourquoi formaliser en travail social? Évolution de la supervision d'équipe depuis la loi 2002. *Empan*, 75, 134-145. Disponible en : <https://www.cairn.info/revue-empan-2009-3-page-134.htm> (Consultado el 6 de abril de 2017).
- Henri-Menassé, C. (2009). *Analyse de la pratique en institution, scène, jeux, enjeux*. Toulouse: Érès.
- Hernández, J. (2000). *La supervisión. Un sistema de asesoramiento y orientación para la formación y el trabajo*. Valencia: Nau LLibres.
- Ituarte, A. (2013). Una reflexión sobre los modelos de intervención de los trabajadores sociales desde la experiencia de la supervisión. En: E. Sobremonte (ed.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención en trabajo social* (pp. 191-204). Bilbao: Editorial Deusto.
- Julve, M., Cebrián, C. y García, A. (2013). Un modelo para el desarrollo del talento profesional. En: E. Sobremonte (ed.), *Epistemología, teoría y modelos de intervención en trabajo social* (pp. 343-350). Bilbao: Editorial Deusto.
- Kaës, R. (2005). Souffrance et psychopathologie des liens institués. Une introduction In VV.AA. *Souffrance et psychopathologie des liens institutionnels* (pp. 2-18). París: Dunod.
- Kaës, R. (2014). *Les alliances inconscientes*. París: Dunod.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Montagud, X. (2015a). La narración de la experiencia profesional como expresión del conocimiento en Trabajo Social. *Cuadernos de Trabajo Social*, 28(2), 199-209. Doi: http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.2015.v28.n2.48971
- Montagud, X. (2015b). Complejidad, reflexividad y autoetnografía. Las posibilidades de la investigación narrativa en la mejora de la práctica profesional. *Trabajo Social Global. Revista de Investigaciones en Intervención social*, 5(9), 3-23. Disponible en: <http://revistaseug.ugr.es/index.php/tsg/article/view/3129/pdf> (Consultado el 6 de abril de 2017).
- Moyano, S. (2011). La supervisión: una herramienta para la reflexión educativa. En S. Moyano y J. Planella (coords.), *Voces de la educación social* (pp. 209-218). Barcelona: Editorial UOC.
- Parajúa Mavarrete, D. (2017). El dominio narrativo. Notas para un análisis crítico de la codificación institucional de los pobres. *Cuadernos de Trabajo Social*, Vol. 30(2), 301-313. Doi: http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.54557
- Pereira, C., Solé, J. y Fernández Rodicio, C.I. (2012). Teoría y práctica de la acción socioeducativa. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 24(2), 177-195. Disponible en: <http://revistas.usal.es/index.php/1130-3743/article/view/10360> (Consultado el 6 de julio de 2017).
- Pié, A. y Solé, J. (coords.) (2014). *Escenas de educación social*. Barcelona: Editorial UOC.
- Puig, C. (2005). El agotamiento de los profesionales. La importancia de la supervisión. *Revista Trabajo social y salud*, 50, 11-25.
- Puig, C. (2011). La supervisión en los equipos de Servicios Sociales: una oportunidad para la reflexión, el pensamiento y el cuidado de los profesionales. *Cuadernos de Trabajo Social*, 24, 123-133. Doi: http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.2011.v24.36863
- Puig, C. (2015). Diez propuestas para cuidarse y cuidar en las profesiones sociales. Hacia una construcción de una cultura del cuidado en los profesionales. *Revista Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social*, 22, 171-183. Doi: <http://dx.doi.org/10.14198/ALTERN2015.22.10>
- Rendueles, G. (2017). *Las falsas promesas psiquiátricas*. Madrid: La Linterna Sorda.

- Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Solé, J. (2014). Polititzar el malestar: un altre compromís en les pràctiques professionals del camp social. *Temps d'Educació*, 47, 33-47. Disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/TempsEducacio/article/view/285994> (Consultado el 6 de abril de 2017).
- Ubieto, José R. (2012). *La construcción del caso en el trabajo en red*. Barcelona: Editorial UOC.
- Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Editorial Gedisa.